



Andaba loca por cortarme las trenzas; odiaba las trenzas que tenían que ser siempre e indefectiblemente trenzas. No podía ser un pelo suelto, o una cola de caballo, o lo que fuera. Tenían que ser las trenzas que odiaba.

Después de muchas súplicas, ruegos y pataletas, había obtenido de

mi padre la promesa de que cuando cumpliera catorce años me las podría cortar y llevar el pelo como yo quisiera.

Según se iba acercando la fecha miraba el calendario cada día...

Pero aquella mañana de verano, sentada estudiando en la habitación pequeña, frente al armario negro de puertas desvencijadas y dos lunas, todavía tenía las malditas trenzas...

No podía, por tanto, considerando que mi cumpleaños es en primavera, estar teniendo más de trece cuando, una de las veces que levanté la vista del libro, vi mi imagen en el espejo.

Se me ocurrió pensar que tal vez lo que creía estar viendo era nada más un espejismo, que quizás yo nada más existía en mi propia imaginación.

Mi madre no estaba en casa, había ido al mercado y regresaría con la bolsa de cuero rojo – unas bolsas que había entonces siempre de color rojizo, que se utilizaban siempre para la compra, hechas de pequeños retalitos cosidos recortes, supongo, de la fabricación de bolsos – llena de verdura, o fruta, o carne congelada o pescado o patatas y todo aquello tendría sus colores, y sus formas, que serían una prueba de su veracidad. Y antes habría oído el ascensor subiendo, y el timbre de la puerta, y visto a mi madre con sus ojos tan verdes entrar y...

Pero el problema continuaba siendo el mismo; mi imaginación podía estar creando a alguien a quien yo llamaba “mi madre”, y considerando peras o manzanas, o incluso

cerezas, lo que ella – mi propia imaginación – me venía mostrando desde siempre como peras o manzanas o cerezas.

Me levanté de la mesa y me acerqué a una de las lunas, y allí estaban mis trenzas; e hice guiños y muecas y me dije existo porque puedo hacer guiños y muecas. Y traté de canturrear un poco por lo bajini y me dije a lo mejor sí existo porque puedo cantar, y cantar porque quiero y elijo cantar, y puedo oírme...

Pero volví a replicarme que mi imaginación forjaba mi voluntad y mi canto, y el sonido desafinado de mi canto.

Y me pellizqué las mejillas, y me propiné pequeños cachetes, sin ningún resultado irrefutable.

Hoy, tantísimos años después, recuerdo el color del cielo de verano, y el color de la luz de la media mañana, y la ventana abierta y el rumor de las hojas de los árboles y el piar revoloteando de los pájaros.

El ruido del tráfico era distinto, se ha ido modificando sin sentir desde entonces, y recuerdo el zumbido ocasional de algún coche que pasó – muchísimos menos que ahora –, o alguna bocina, o las pedorretas tucu, tucu, tucu, tu de algún camión sin dirección asistida ni frenos de disco, que eran los camiones de antes.

Y recuerdo al cabo de tantos años los colores y los sonidos y los rumores y el piar de los pájaros de aquella mañana; y que mi madre regresó al cabo de un rato... Y que no le pregunté mamá yo existo o nada es verdad y entonces qué podrías tú contestarme porque qué hubiese podido contestarme mi madre.

(del diario de Licinia Morera)